

A FINALES DEL SIGLO XIX, EL EJÉRCITO ESPAÑOL CONTABA CON UN CUERPO DE SANIDAD MILITAR

LA ASISTENCIA SANITARIA A LAS FUERZAS ARMADAS EN CUBA



El autor Coronel Médico, José-Ramón Navarro Carballo de la AEME.

En las postrimerías del siglo XIX el Ejército español contaba con un instruido y organizado Cuerpo de Sanidad Militar, que había sido creado por Real Orden de 30 de enero de 1836 (Isabel II)¹, pero, desafortunadamente, la elevada cualificación de sus facultativos no se acompañaba con el proporcionado nivel de prestación sanitaria que podían ofrecer. Esta lastimosa situación se hacía patente cuando se comparaban las tasas de mortalidad registradas en el seno de nuestro Ejército con las del resto de las naciones europeas, en lo que a sanidad castrense refiere, anotadas en los dos últimos decenios del siglo.

¿Qué causa o causas producían esta visible disociación entre la buena preparación de nuestros médicos militares y los malos resultados de la atención sanitaria que prestaban? Tales causas –pues eran más de una– ya las denunciaron en su tiempo prestigiosos miembros de la Sanidad de la Armada y de la Sanidad Militar.

Jacinto Molina, en su Memoria *Bajas en la Armada*, una de las expuestas en Cartagena en 1889, puso de manifiesto sus observaciones sobre las deficiencias en la alimentación y el vestuario de la marinería así como las pésimas condiciones de habitabilidad de

cuarteles y buques, añadiendo a todo ello factores individuales que provocaban la mala salud de aquellos hombres, no pocos de los cuales ingresaban en el servicio afectados de “una endeblez personal, reveladora de la pobreza de cuerpo de sus progenitores”.

Y si esto era así entre los individuos destinados en la metrópoli, aún sin navegar, habría que hacer notar que la situación se magnificaba en sus defectos en las posesiones de Ultramar, donde nuestros hombres, además de tener que sufrir los riesgos intrínsecos a toda vida en campaña, tenían que luchar contra las peculiaridades de una climatología que les era hostil y prevenirse de las enfermedades endémicas de aquellos territorios. Hernández Poggio, antes que Molina, en 1879, en la *Gaceta de Sanidad Militar* n° 5, denunció la pobreza de la ración alimenticia y la inadecuación del vestuario de nuestras tropas.

Con todo lo probado y dicho hay que recordar cómo uno de los azotes que más daño inflige a los ejércitos (la marcha, el frío, el calor, el polvo, etc.) es el sufrimiento de las enfermedades epidémicas, en cualquier momento de la historia, desde la antigüedad hasta

ahora. Y, en el caso que analizamos, las grandes concentraciones de personas que –amén de las malas condiciones higiénicas que se padecen en tal ambiente– estaban constituidas por individuos en gran parte debilitados por sus previas condiciones personales de pobre estado salud general y baja inmunidad inespecífica. El resultado final que se genera en este escenario ha sido, hasta bien poco, que “las enfermedades hacen más estragos que el fuego y el acero enemigos”. Seguramente una de las grandezas del hebreo bíblico, constituido como verdadero pueblo, fue la de atravesar kilómetros a través de un desierto inhóspito y pervivir después en su asiento definitivo sin padecer las terribles epidemias que le amenazaron, gracias a la observancia de las leyes alimentarias y normas higiénico-sanitarias que, siglos más tarde, movieron a George Washington a alabar al “genial General de Infantería, el caudillo Moisés” y obligar a sus fuerzas a observarlas, dentro de lo que aconsejaban sus propias condiciones ambientales y costumbres tradicionales.

Cuando se reanudan por tercera vez las hostilidades en la Isla de Cuba, a la mitad del año 1895, nuestro Ejército decimonónico situado en aquel dominio ultramarino apenas estaba constituido por unos 14.000 hombres, número que se hace insuficiente en estas repetidas circunstancias, viéndose obligada la metrópoli a ir reforzando el contingente hasta llegar a elevarlo hasta los alrededores de los 200.000.



Médicos militares en La Habana, 1897.

Fácil es colegir cómo se magnificaron las necesidades sanitarias, no sólo por el abultado crecimiento de las fuerzas a atender sino, también, por la predicada debilidad corporal de los individuos que la componen, como lo patentiza el lamentable hecho de que cerca del 50 por ciento de los hombres que integran cada reemplazo son víctimas de enfermedad al primer o segundo mes de pisar el suelo cubano. Y sin entrar en los aleatorios frutos obtenidos a través de las vividas experiencias de los periodos de levantamientos y luchas anteriores, sí que hay que considerar que en los días en que nos estamos ocupando –la tercera Guerra de Cuba– el Ejército español no disponía más que de cuatro Hospitales Militares, a los que se añadían, más bien precariamente, nueve Enfermerías Regimentales, destinadas a la atención del personal de esas Unidades, destacadas

en diversos lugares de la Isla. Los Hospitales eran los de La Habana, Santiago de Cuba, Santa Clara y Puerto Príncipe; siendo justo añadir que el de La Habana atendía también, en Salas especiales, a la marinería, puesto que en el principio del siglo se había cerrado el único nosocomio propio de la Armada, situado que estuvo en la rada de El Arsenal.

Ahora bien, a medida de que iban aumentando las necesidades –si bien unos pasos por detrás de su aparición– se iban abriendo nuevos centros asistenciales (hospitales, clínicas y enfermerías) llegando a contarse en 1897 64 de ellos, todos del Ejército de Tierra. Repartíanse estos centros de la siguiente manera: 30 Hospitales Militares en los se disponían hasta un total de 41.850 camas para la atención de enfermos y heridos; 27 Clínicas y 7 Enfermerías con un total de camas que, sumadas



Cura de urgencia en un puesto militar. 1898.

a las de los Hospitales, elevaban el conjunto de las disponibles por el conjunto de los centros asistenciales de hospitalización a un total de 46.500 camas.

Gozó del prestigio de ser el Hospital más importante de Cuba el que, siendo Hospital del Príncipe, acabó llamándose de Alfonso XIII, inaugurado en La Habana en 1897, con una disponibilidad de 3.000 camas y dedicado a funciones generales y a otras poco menos que exclusivas⁴. Con todo, el mayor de los nosocomios importantes fue el Hospital de Regla, que llegó a disponer de 5.000 camas.

Podemos imaginar el esfuerzo que supuso llegar a estas cifras, conociendo que en febrero de 1895 el número de camas de los Hospitales y Enfermerías Militares no rebasaban las de 2.500; lo que ciertamente tuvo que ser acompañado de una paralela dotación de

equipos, utensilios y medicamentos, amén de una amplia escala de personal de diverso nivel y categoría. Por supuesto que hubo que reforzar con premura el personal facultativo: al comienzo del último conflicto no había en Cuba más de 23 médicos militares, pero en las postrimerías de aquél las fuerzas fueron atendidas por cerca de 400 de aquéllos.

Causa pavor el número de bajas atendidas por la Sanidad Militar. Las estadísticas de 1895, 1896 y del primer semestre de 1897 registran, respectivamente, los 49.485, 232.714 y 201.247 ingresados.

Puede notarse el claro ascenso a medida que pasa el tiempo, manifestándose en las estadísticas que el número de militares fallecidos en los mismos periodos de tiempo fueron 3.200, 10.610 y 17.501; a los que habría que sumar los fallecidos en sus Unidades sin

haber sido hospitalizados y que no han podido ser evaluados.

Eso sí, conviene hacer énfasis en el hecho incuestionable de que las bajas en combate, o como consecuencia de los mismos, fueron numéricamente inferiores a los fallecidos por enfermedad.

ENFERMEDADES MÁS IMPORTANTES ENTRE LAS SUFRIDAS POR NUESTRAS TROPAS

Tal vez la que produjo más problemas sanitarios fue la **fiebre amarilla** o “vómito negro”, que azotó no sólo a la población militar sino también a la civil si bien en grado menor en esta última. Nuestras fuerzas fueron afectadas en 35.350 casos entre marzo de 1895 y mayo de 1897, de entre los cuales fallecieron 11.347.

Las cifras de mortalidad producidas por la fiebre amarilla apenas fueron rozadas por las achacables al **paludismo**: de 79.552 casos declarados en los dos primeros años del conflicto apenas hubo 600 fallecidos.

La **tuberculosis** hacía sucumbir a más de 1.000 de sus afectados cada año. Y también, a la zaga de las repatriaciones a que obligaba el padecimiento de la malaria producía 200 inutilidades anuales a los que padecían “tisis avanzada” y, descuidadamente, más de 600 evacuaciones en ese periodo de tiempo por “tisis incipiente”, de entre los que no era raro que acabaran falleciendo pocos meses después de su llegada a la Península.

LOS BUQUES HOSPITALES

Dos problemas engendraron las importantes declaraciones de inutilidad consecuentes a las abundantes heridas y enfermedades que sufrieron y padecieron nuestras tropas: la necesidad de reponer el monto del contingente, trayendo nuevos reemplazos de la Península; y evacuar a la misma a quienes, incapacitados para el servicio, sobrecargaban el ya saturado sistema asistencial.

Pronto el sistema de transporte, desempeñado por los barcos correos que unían la Isla con la metrópoli, se vio desbordado por tan abultado trasiego de personal entre uno y otro extremo de sus singladuras, por lo que fue preciso destinar otras naves para satisfacer esta específica función. Documento aparte exige este delicado tema, nunca realizado a completa satisfacción, bastando ahora con decir que ni el Ejército ni la Armada con sus propios médicos llegaron a alcanzar sus loables aspiraciones a pesar de su esforzada y abnegada dedicación y los ofrecimientos de la Asamblea Suprema de la Cruz Roja Española, a cargo de aquel militar que, habiendo ocupado importantes cargos propios de su profesión castrense en los territorios que ahora desea proteger a su modo y según sus posibilidades, de soldado voluntario llegó a Teniente General y mereció el título pontificio de Marqués de Polavieja.

EL ÚLTIMO REPATRIADO

Por el diario *LA UNIÓN ESPAÑOLA* sabemos que el día 10 de

abril de 1899 salieron con destino a España, en el vapor “Méjico”, los últimos soldados y sanitarios que habían quedado en el que había sido el Hospital Militar Alfonso XIII.

Atendidos hasta su partida del famoso nosocomio por las Hermanas de la Caridad españolas y americanas, y honrados por algunos Oficiales y soldados norteamericanos, fueron acompañados hasta el barco en los ómnibus necesarios por las Damas de la Cruz Roja americana y española, mientras les daban escolta un piquete de soldados americanos.

Ya a bordo fueron visitados por una comisión de la Cruz Roja, llevándoles veinte centenes, a repartir entre ellos, a su llegada a Cádiz.

No fue ésta la última comisión que acudió a despedirlos y agasajarlos: de la fábrica de puros “La Flor de Cuba” recibieron honra y una no precisada cantidad de dinero; sí pudo saberse el que les donó el “Círculo Hispano”, consistente en ciento setenta y cinco pesos.

La Unión Española les obsequió con una rueda de paquetes de cigarros, de marcas diversas, para cada soldado, envueltas todas en unos emotivos lemas inscritos en letras rojas sobre fondo amarillo, que cubrían los cuatro costados del paquete.

En uno de los lados anchos del paralelepípedo se leía: *Obsequio del periódico La Unión Española al último soldado español que regresa a la patria-Bahía de La*

Habana. 10 de ABRIL DE 1899; y en el otro: Vapor Santo Domingo-Santiago de Cuba, 22 de marzo de 1895. Vapor Méjico-Habana, 10 de abril de 1899. Y en los laterales, de modo igual: ¡Viva España! ¡Viva el soldado español!

Todos los soldados regresaban en buen estado, excepto uno de incierto futuro en aquel momento.

El viaje lo harían en tercera clase. Pero en sus semblantes se reflejaba la emoción que sentían al volver, después de tantas penalidades, a pisar tierra española, pues no otra cosa que un pedazo de la Patria era un barco de la Compañía Transatlántica del Marqués de Comillas, como pregonaba la ondeante bandera rojo y gualda desplegada en su popa.

Uno de aquellos valerosos hombres, al leer la envoltura de los paquetes de tabaco, exclamó dirigiéndose a sus compañeros: “¡Chicos! ¡Vaya un recuerdo! En el “Santo Domingo” vine y me voy en el “Méjico”. No se pueden quejar de mí los habitantes de Cuba. Llegué el primero y me voy el último”.

Y cuando le preguntaron sobre la impresión que había causado en las fuerzas de Santiago de Cuba la noticia de la paz, contestó, entristecido, uno de ellos: “En las tropas, tristeza. Íbamos mal, pero hubiéramos querido acabar de otro modo”.

JOSÉ-RAMÓN NAVARRO CARBALLO
Coronel Médico (R)
De la Asociación Española de Militares Escritores

EN EL CENTENARIO DEL CUERPO DE INTENDENCIA

HÉROES DE INTENDENCIA DEL EJÉRCITO DE TIERRA CARLOS DE HAYA

El día 21 de febrero de 1938, exactamente un día antes de la reconquista de Teruel por el bando nacional y tan sólo cuarenta y cinco después de haberlo perdido, se produjo en Aldehuela un hecho de resonancia internacional. Sobre la media mañana de la citada fecha, una formación de veinticinco aparatos del 23 Grupo de caza nacional se encontró bruscamente, y en las cercanías de Teruel, con una masa de cuarenta aparatos republicanos. Entre los veinticuatro aviadores nacionales se encontraba el piloto Capitán de Intendencia del Ejército de Tierra Carlos de Haya González, uno de los aviadores más emblemáticos del ejército nacional junto con Joaquín García Morato y Ramón Franco Bahamonde, hermano de Francisco Franco Bahamonde que durante cerca de cuarenta años fue Jefe del Estado Español.

La masa republicana estaba dividida en tres formaciones escalonadas. Las primera y segunda, con aviones Curtiss, volaba entre los 3.000 y 4.000 metros de altura y, la tercera, con aviones “Ratas”, lo hacía sobre los 4.500 metros; los veinticuatro aviones del bando nacional lo hacían a una altura de 4.000 metros. El encuentro cogió un tanto desprevenidos a los aviones republicanos, produciéndose



inicialmente y entre los mismos una gran sorpresa y un enorme desconcierto y, aunque trataron de evitar el contacto entre ambos bandos, se entabló un encarnizado combate sobre los términos municipales de La Puebla de Valverde y Aldehuela. Durante diez minutos aquellos se convirtió en un infierno; el Capitán Haya, que iba agregado a la 19 escuadrilla, “Capitán Foschini”, en solitario inició un violento ataque contra un grupo de Curtiss, pero, en medio de la acción, se percató de que uno de los aparatos enemigos había fijado por la cola a un Fiat de los suyos y que estaba a punto de ser alcanzado, por lo que, sin pensarlo dos veces y posiblemente como consecuencia de alguna interrupción en su armamento, lo abordó por detrás para evitar que su compañero fuera

derribado. El impacto fue grande y produjo graves desperfectos en su propio avión, obligándole de inmediato a tratar de aterrizar (del libro “Los Héroes del Santuario de Santa María de la Cabeza-Carlos de Haya”, escrito por José Rodríguez de Cueto y prologado por José María Pemán). A pesar de los graves desperfectos que había sufrido su aparato, es posible que intentara rebasar los altos de “las Coronillas” de Aldehuela (no de La Puebla de Valverde como se suele indicar en las crónicas de la época) con la intención de conseguir un aterrizaje forzoso en los llanos del Puerto Escandón, pero no pudo, estrellándose a tan sólo unos pocos metros de la cumbre.

Unas veinticuatro horas antes de ocurrir los hechos que se relata, el Capitán Haya había vivido uno de los momentos más tristes de su vida, pues en Bilbao asistía al entierro de su madre. Es muy posible que tal desgracia no tuviera consecuencias en su fuerte personalidad, pero también lo era que el estado de ánimo por la muerte de un ser tan querido, y el cansancio y la fatiga de los hechos que terminaba de vivir, pudieron llevarle a un final prematuro. Aquel día el ejército nacional, y precisamente en el término municipal de Aldehuela, perdía a una de las figuras más insignes y



Suministro al Santuario de Santa María de la Cabeza.

emblemáticas de la aviación española de todos los tiempos.

RETAZOS DE LA HISTORIA DE CARLOS DE HAYA

- Nació en el año 1902.
- Efectuó el vuelo Sevilla-Bata en el año 1931, haciendo en veintisiete horas un vuelo de travesía del Sáhara de 4.800 kilómetros, con una velocidad media de 175 km/h.
- Con Ramón Franco Bahamonde y Joaquín García Morato constituyó el grupo de los tres aviadores más emblemáticos del ejército nacional. Procedía del Cuerpo de Intendencia del Ejército de Tierra.
- En el comienzo de la guerra toda su familia quedó en zona republicana: sus padres en Bilbao y su mujer y sus dos hijos en Málaga. Su mujer fue hecha prisionera por los republicanos.
- Era hombre muy religioso y afecto totalmente al Alzamiento Nacional, pero también era muy humano, lo que quedó demostrado por lo que ocurrió en los

primeros días de la contienda, cuando se le asignó la misión de efectuar un bombardeo sobre la capital de España. Para el cumplimiento de la misión salió de Sevilla con un avión Focke que llegó de noche a Madrid, sobrevoló la ciudad pasando por una Gran Vía totalmente iluminada y llena de gentes; también sobrevoló la Puerta del Sol y, a pesar de tener orden de bombardear en un lugar determinado, no quiso hacerlo para no causar un número considerable de víctimas. Cumplió la misión encomendada al terminar de sobrevolar la capital, dejando caer las bombas en un descampado donde los efectos fueron nulos.

- Intervino, aunque muy poco, en vuelos de suministro a la posición del Alcázar de Toledo y presenció con su avión desde el aire la liberación de los defensores del Alcázar.
- Fue el alma de la ayuda a la resistencia de los defensores del Santuario de Santa María de la Cabeza, Jaén, en cuyos vuelos se jugó continuamente la vida pues tenía que hacer los suministros a baja altura para que los mismos cayeran en el interior del patio del Santuario, hasta tal extremo que sin su ayuda y con la colaboración del su Douglas, hubiera

sido totalmente imposible su abnegada y prolongada resistencia.

- Su primer vuelo sobre el Santuario lo realizó el día nueve de octubre de 1936 y el último lo intentó hacer el día primero de mayo de 1937, fecha de su rendición, cuando habían transcurrido siete meses en los que su mayor preocupación fue la vida de los seiscientos guardias civiles defensores más los familiares de aquel valeroso reducto.
- Su avión fue alcanzado varias veces por el fuego enemigo.
- Pilotó durante la guerra varios aviones, aunque su aparato inseparable fue un Douglas.
- Era el aviador preferido del General Franco y en muchas ocasiones pilotó aquel en que el General realizaba sus desplazamientos a los diferentes campos de batalla.
- Fue ascendido a Comandante en la misma fecha de su muerte, y en ese momento se le concedió la Cruz Laureada de San Fernando, todo ello a título póstumo.

En el monolito que existe en el término municipal de Aldehuela (hoy barrio de Teruel), exactamente donde se estrelló el avión que pilotaba y en cuyo accidente perdió la vida, dispuesto en la forma que se indica, reza lo siguiente:

En memoria del Laureado Comandante de Aviación Carlos de Haya.

Caído por Dios y por España en combate aéreo el 21 de febrero de 1938.

Del libro *Aldeyuella 1300, Aldehuela 2000*, del Coronel de Infantería Adolfo Martín Calomarde.

MÚSICA MARCIAL

LA MUSICA MILITAR A TRAVÉS DE LOS GRANDES COMPOSITORES/18

Con el brillo en la retina de los recientes fastos reales británicos acaecidos con motivo del enlace matrimonial del Príncipe Guillermo con la joven Catalina, retransmitido por las cadenas de televisión de medio mundo, evocamos la figura de uno de los compositores que mejor han captado el espíritu del pueblo inglés ante acontecimientos similares más o menos históricos. Nos referimos, claro está, a Sir Edward Elgar.



Sir Edward Elgar.

APUNTE BIOGRÁFICO

Este insigne músico nació en Broadbeath, cerca de Worcester, el 2 de junio de 1857, donde murió en 1934. Hijo de un organista de la Iglesia católica de San Jorge de esta última ciudad y dueño de un comercio de música, el joven Edward estuvo familiarizado desde su niñez con las partituras e instrumentos musicales. Recibió lecciones de piano y aprendió a tocar, entre otros instrumentos, el violín, el fagot y el órgano. El aprendizaje de dichos instrumentos le permitió actuar como violinista en una orquesta de aficionados, fagotista en un conjunto de viento y organista en la mencionada Iglesia de San Jorge, primero en sustitución ocasional de su padre y, después, como titular.

En 1877 obtiene la plaza de director de la banda de música de un centro de salud del condado de Worcester. El profundo conocimiento teórico y práctico de los instrumentos musicales, como ejecutante y director, le permitirían dominar plena y magistralmente la orquestación y dirección musical.

A los treinta y dos años contrajo matrimonio con Caroline Alice Roberts, hija del Teniente General Sir Henry Gee Roberts. Con independencia del entorno socio-político, eminentemente militar, de Gran Bretaña en la cumbre de su Imperio, la relación de Edgar con el estamento castrense a través de lazos familiares debió facilitar el conocimiento y ¿por qué no? la admiración por los hechos gloriosos del Ejército británico que

se estaban viviendo y que supo reflejar fielmente en sus obras de música marcial y patriótica.

Tras un amplio período de ardua tarea en la composición de obras menores y otras actividades musicales, obtiene en la plenitud de su vida el primer éxito de resonancia internacional con el estreno en 1899 de las “Variaciones para orquesta Enigma”. Un año después estrena en Londres “El sueño de Geroncio”, oratorio, forma tan querida y valorada por los ingleses que, en este caso, alcanzó la máxima distinción y el máximo reconocimiento en el festival de Música de Düsseldorf (Alemania) en 1902.

Sobre textos bíblicos compuso dos oratorios: “Los apóstoles” (1903) y “El Reino” (1906), fruto de su acendrada religiosidad de signo católico. En 1924 es nombrado por el Rey Jorge V de Inglaterra “Master of the King’s Music” (Maestro de la Música del Rey) en reconocimiento a los servicios prestados a la Corona.

SU MÚSICA CEREMONIAL EN LA CORTE Y EN LOS EJÉRCITOS

Dentro del campo de la música ceremonial castrense, Elgar ocupa un puesto sobresaliente por su colección de marchas militares co-

nocidas por el sugerente título de “Pompa y Circunstancia”, composiciones que han venido a conferir a este género musical un “status” sinfónico del que prácticamente carecía y que ha sido consolidado en posteriores obras de grandes compositores como William Walton (1902-1983), Eric Coates (1886-1957) y Richard Strauss (1864-1949).

El período de gestación de las marchas de “Pompa y Circunstancia”, publicadas entre 1901 y 1930, coincide con la época moderna de mayor esplendor de Imperio Británico. Tres acontecimientos históricos inspiraron éstas y otras obras de análoga naturaleza: Proclamación de la Reina Victoria como emperatriz de la India (1877), Jubileo de la soberana (1887) y Coronación de Eduardo VII.

De las marchas citadas, la nº 1 en Re Mayor es la que se ha hecho famosa a nivel internacional; el 19 de octubre de 1901, fecha de su estreno, el auditorio puesto en pie aplaudió y aclamó de tal forma la obra que tuvo que ser interpretada por tres veces consecutivas. Cuando el Rey Eduardo la escuchó solicitó de su autor que pusiera letra a la sección del trío (1), a lo que accedió el compositor poniendo a su melodía el texto del poema “Tierra de esperanza y gloria”, de Arthur C. Benson, incluyéndola en la “Oda de la Coronación” que escribió el propio Eduardo VII.

Las marchas de “Pompa y Circunstancia” fueron conocidas en España a través de las películas y documentales cinematográficos y en el ámbito militar por los desfiles



The Royal Regiment Of Fusiliers. Batalla de Ondurman 1898, de las campañas británicas en el Sudán.

militares del Día de la Victoria, que armonizaban el paso de las unidades mecanizadas. Su popularidad se debe también al hecho de que se interpretan —especialmente la 1ª y la 4ª cuyos tríos son bastante parecidos— en actos académicos como la entrega de premios y diplomas en las universidades y otros centros docentes de Europa y América.

En la fecha del estreno de estas composiciones, y todavía hoy en ciertos sectores, se considera a la música militar en general, y las marchas en particular, como un género menor; por ello, Elgar, consciente de esta situación y saliendo al paso de quienes entendían que se rebajaba al componer este tipo de música, manifestó:

“Me agrada considerar la vocación de compositor tal como los antiguos trovadores y bardos hicieron. En aquellos días no

constituía una desgracia para un hombre caminar al frente de un ejército y que ello le inspirara una canción. Por mi parte, sé que hay mucha gente a quienes les gusta celebrar los acontecimientos con música. Para esa gente yo he compuesto mis melodías. ¿Es esto un error?”.

En estas palabras Elgar expresa implícitamente su admiración y aprecio por la música marcial en sus distintas vertientes —militar, patriótica, ceremonial, etc.—, como así lo demostró a lo largo de su vida. Además de las citadas composiciones militares escribió la “Marcha del Imperio”, Marcha Imperial” y “Marcha Triunfal” de la cantata “Caractacus” (2); las dos últimas, más la número 4 de “Pompa y Circunstancia” y unos bellos pasajes de las variaciones “Enigma”, ilustran las secuencias más destacadas del espléndido film de Richard Attenborough “El joven Winston”, estrenado



La Guardia Real Británica, en el relevo de Guardia.

en 1972 y cuyo argumento trata sobre la vida del que fue primer ministro de Gran Bretaña, Winston Churchill.

En paralelo con la música ceremonial castrense. Elgar compone hermosas páginas de música patriótica escrita durante la I Guerra Mundial e inspirada en el clima de exaltación nacional que se vivía en aquellos años; como ejemplo traemos a la memoria “El espíritu de Inglaterra”, tríptico coral basado en un poema de Laurence Bunyon; esta obra consta de los siguientes tiempos: “El 4

de agosto”, “Para las mujeres” y “Para los Caídos”, refiriéndose a los aspectos de la contienda que más le impresionaron. Relacionadas también con esta página histórica son el prelude sinfónico “Polonia” (1915), “Carillón” (1914) y “La bandera belga”.

LAS OBRAS SINFÓNICAS

Tras la muerte de Georg Friedrich Haendel en 1759, la música del Reino Unido –en la que aquél ocupa un lugar de primer orden– pasa a un segundo término en el ámbito internacional; ciento cua-

renta años después es Elgar el que vuelve a incorporar a Inglaterra al escenario europeo.

El estreno de las mencionadas variaciones “Enigma” en el Festival de Norwich de 1899 marca el punto de partida del resurgimiento musical británico al que se adhieren, entre otros compositores insignes, autores de composiciones marciales: Ralph Vaughan Williams (1872-1958), recopilador y autor de melodías tradicionales algunas de las cuales pasan a formar parte del repertorio de la música militar de raíz folclórica; Gustav Holst (1874-1934), compositor de la “Suite nº 1” para música militar, una “Tocata Marcial” y la célebre suite para orquesta “Los Planetas”.

Capítulo aparte merecen Arthur Bliss (1891-1995) y William Walton ya citado. El primero contribuye al desarrollo de la fanfarria, forma germinal de la música heráldica, con sus fanfarrias reales compuestas entre 1953 y 1957, cuando Bliss ocupaba el cargo de Maestro de la Música de la Reina. En cuanto a Walton cabe decir que, dentro del marco de la música ceremonial, se observa la influencia de Elgar, especialmente en las marchas militares “Corona Imperial” y “Orbe y Cetro”.

La aportación de Elgar a la música sinfónica empieza en 1890 con el estreno de la obertura de concierto “Froissart”, inspirada en diversos textos que versan sobre la muerte de un valiente caballero famoso por “la lealtad hacia su rey, su fe religiosa y su audacia frente al enemigo” (3). En orden cronológico, la segunda obertura, “Cockaigne”, viene a ser un fresco



La Reina Isabel II, en la carroza, escoltada por la Guardia Real.

sonoro de la ciudad de Londres en el que, entre otras escenas, se refleja un desfile militar; esta obra, estrenada en 1901, es bastante conocida. Termina el ciclo de oberturas de concierto con la titulada “In the South” (Alassio), compuesta en 1903-1904, evocadora de los paisajes del Sur de Italia y de la grandeza de su pasado imperial.

Obra en la que también Elgar evoca la Roma imperial es el estudio sinfónico “Falstaff”, donde figura un desfile de las legiones romanas por un viaducto. En 1908 estrena en Manchester, bajo la dirección de Hans Richter, la “Sinfonía nº 1” y, dos años más tarde, la “Sinfonía nº 2”, dedicada al rey Eduardo VII. El primer tiempo, “allegro vivace e nobilmente”, nos recuerda “Una vida de héroe”, poema sinfónico de Richard Strauss, compositor que, al igual que a

Wagner y Brahms, admiraba Elgar y que influyeron en cierta medida en su obra.

En 1898 concibió una sinfonía en memoria del General Charles George Gordon, gobernador del Sudán anglo-egipcio vilmente asesinado en 1889 por las tropas rebeldes de El Mahdi tras diez meses de heroica resistencia en la guarnición de Khartum. Esta página musical no llegó a salir de la mano de Elgar, pero demuestra una vez más su interés y admiración por las gestas militares británicas; por ello, podríamos decir que este compositor desempeñó en el campo de la música un papel análogo al que realizara el gran escritor Rudyard Kipling en el de la literatura (4).

Elgar, compositor y director durante una larga vida de estudio y trabajo coronados por el éxito,

alcanzó nombradía internacional y obtuvo, entre otros galardones, el nombramiento de director “honoris causa” por las universidades de Oxford, Cambridge y Yale, recibió el título de Caballero, una baronía y se le concedió la Orden del Mérito.

ANTONIO MENA CALVO
Comandante de Infantería (Retirado)
Miembro correspondiente
de la Real Academia de Bellas Artes
y Ciencias Históricas de Toledo

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

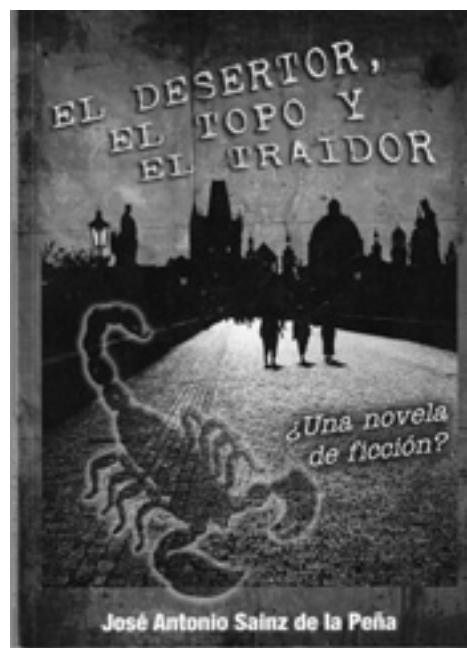
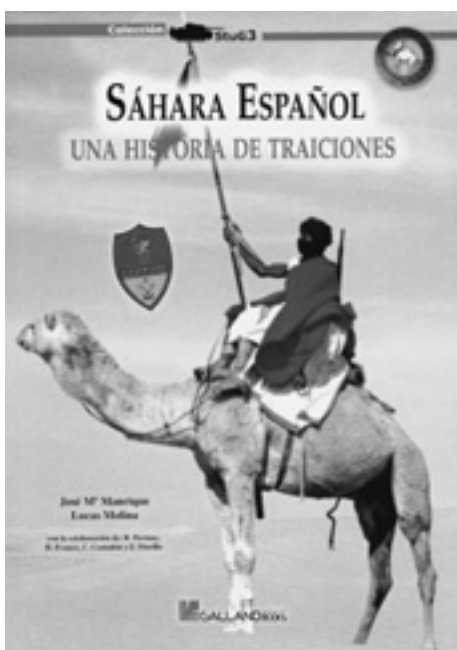
- CANDÉ, Roland de: *Historia Universal de la Música*. Aguilar, Madrid, 1981, pág. 572.
- DICCIONARIO *El Mundo de la Música*. Espasa Calpe, Madrid, 1962, pág. 2699.
- DUFOURCQ, Norbert: *La Música*. Planeta, Barcelona, 1969 (2), pág. 396.
- TRANCHEFORT, Françoise-René: *Guía de la música sinfónica*. Alianza Editorial, Madrid, 1989, pág. 1318.

NOTAS

- (1) Sección central de una marcha, de carácter melódico e interpretada generalmente por el grupo de la madera, sin percusión ni metales.
- (2) Caractacus, Rey de los bretones que habitaban al Norte del Támesis. Murió el año 54 y resistió valerosamente a los generales romanos Plauto y Scapula.
- (3) *Guía de la Música Sinfónica*, pág. 370.
- (4) Recordemos que Rudyard Kipling (1865-1936) fue el gran poeta y cantor de las glorias del Ejército y la Armada británicos en la época victoriana. Entre sus obras dedicadas al ámbito militar caben señalar: “Tres soldados”, “Canciones de cuartel”, “Siete mares” y “Kim”; siendo subdirector de *The Lahore Civil and Military Gazette*, escribió interesantes artículos sobre la vida y las costumbres de los soldados británicos destinados en la India.

SAHARA ESPAÑOL, UNA HISTORIA DE TRAICIONES

Un libro interesante en el que se facilitan los datos básicos para entender el problema que acabó con la entrega del territorio a Marruecos. Los autores contemplan el marco político de la época: un régimen, el español, en descomposición por la agonía del Jefe del Estado, de otra la intención siempre latente del monarca Hassan II por ampliar sus fronteras a costa de un vecino débil, y finalmente, la complicidad económico-estratégica de los Estados Unidos de América con el reino alauita, sin olvidar las presiones de la ONU sobre Madrid. En el plano militar los autores reseñan la actitud del frente POLISARIO, abiertamente contrario a la permanencia de España en el Sahara, su connivencia con las fuerzas reales marroquíes y la actitud disciplinada del ejército español. El tercero de los factores contemplados en el libro es el económico: las minas de fosfatos, los bancos de pesca y la posibilidad de hallar petróleo en el desierto y en la plataforma marina, condicionantes que aceleraron las apetencias interesadas en la descolonización para dar lugar a la situación actual. Aspecto a destacar en esta publicación es el estudio relativo al despliegue de nuestras fuerzas armadas en el Sahara, en este sentido acompañan a un texto bien ordenado una interesante colección de fotografías.



EL DESERTOR, EL TOPO Y EL TRAIADOR

Una novela de espías y traiciones en el mundo turbio de la lucha de los Servicios de Inteligencia al final de la Guerra Fría. En la primavera de 1988 un agente checo deserta entregándose en la embajada británica y proporcionando información sobre los Servicios de los países socialistas y sus colaboradores en Europa. Tomando por línea argumental el hecho de la desertión el autor introduce al lector en las técnicas habituales del espionaje internacional en los años de acero, métodos no siempre confesables ante los que la justicia del mundo se tapó la cara con la toga, tortuosos caminos donde el fin justificaba los medios y sobre los que pulularon especímenes humanos de difícil clasificación moral.